

# Entre la fiesta y la huelga

## Protesta social y repertorios de acción colectiva (1931-1936)\*

Jorge Marco (UCM)

A partir de los años sesenta la historia social propició un giro radical en los estudios sobre los movimientos sociales, de tal modo que en la actualidad se considera que las prácticas de protesta no vienen predeterminados por la estructura, sino que responden a una dinámica compleja donde intervienen las estructuras de movilización, las oportunidades políticas o las identidades, pero también, de forma sustancial, la experiencia colectiva. Este asunto vertebrará nuestro presente trabajo por dos motivos: en primer lugar, porque nos permite vincular la concepción culturalista de E. P. Thompson con la sociología histórica norteamericana, y particularmente con Charles Tilly; y en segundo lugar, para reforzar nuestra hipótesis de que la heterogeneidad en la resistencia armada antifranquista atiende, de modo claro, a la experiencia previa de sus miembros<sup>1</sup>.

### 1.- De la *experiencia thompsoniana* a los repertorios de acción colectiva

No descubrimos ninguna novedad si ponemos de manifiesto que los historiadores marxistas británicos han sido, junto a la Escuela francesa de *Annales* y la sociología histórica norteamericana, la corriente más innovadora e influyente en el ámbito de la historiografía durante el pasado siglo XX, cuyas aportaciones no sólo permitieron un importante avance en la investigación, sino que todavía hoy permanecen latentes en multitud de trabajos, estudios y debates<sup>2</sup>. Del mismo modo, y atendiendo a los contenidos de nuestro proyecto, debemos señalar la vital importancia de sus aportaciones sobre las formas de protesta colectiva y violencia política a lo largo de la historia. Autores como Thompson, Hobsbawm o Rude, entre otros, forman parte de una generación excepcional cuyos textos se han convertido en clásicos, y han propiciado un cambio radical en las formas de entender e interpretar las acciones y las prácticas de protesta en las clases subalternas. Centrados, en términos generales, en los conflictos preindustriales, una de sus mayores aportaciones fue la de dotar a la *multitud* desafiante de una coherencia, racionalidad y lógica que ponía en cuestión los

---

\* Las sugerencias previas y posteriores de Francisco Sánchez Pérez han mejorado este trabajo. A él se lo agradezco.

<sup>1</sup> MARCO (2006)

<sup>2</sup> KAYE (1989), matizado por: GÓMEZ BRAVO (2003).

modelos criminológicos, sociológicos o de la psicología social donde se defendía un carácter espontáneo, espasmódico, irracional e inconsciente.

Pero sus méritos no se reducen al hecho concreto de haber innovado en un campo u otro de la historia, sino que en primer lugar sus trabajos de investigación permitieron ampliar el viejo debate entre la acción y la estructura, o en el ámbito más general de las ciencias sociales, entre individualismo y el holismo metodológico. Si bien es cierto que en los orígenes de la historia social la esfera socioeconómica constituyó una estructura objetiva en exceso influyente en las interpretaciones históricas, a lo largo de las últimas décadas, autores de diversa índole abrieron el modelo hacia un enfoque culturalista o subjetivista en la búsqueda de un equilibrio que terminó por cuajar en un esquema dicotómico. El argumento se fundamenta en una negación de los dos extremos dada su incapacidad de comprender la dinámica compleja y la naturaleza de los fenómenos sociales: “El subjetivismo, porque no tiene en cuenta los constreñimientos externos de la acción y, por tanto, la dimensión social de los sujetos; el objetivismo, porque no tiene en cuenta que las representaciones tienen un efecto constitutivo sobre la propia realidad social”<sup>3</sup>. En estas condiciones, la única propuesta viable sería aquella que sepa conjugar –e insertar la interacción- entre las presiones externas y la iniciativa individual, entre los condicionantes de una estructura enmarcadora y la capacidad de los agentes para generar prácticas que al mismo tiempo que reproducen la estructura, la crean y la modifican. Partiendo de esta base común, los historiadores sociales y culturales se han ido situando en distintos puntos de un extremo a otro, en función de los matices o de las distintas intensidades con las que dotan a las dos grandes esferas señaladas.

Tampoco debe extrañar que en este asunto destaquemos la labor de uno de ellos por su particular agudeza, y por las múltiples influencias que generó su trabajo. Nos referimos al historiador Edward P. Thompson, uno de los mayores defensores de lo que se ha venido a denominar como *human agency*, es decir, la necesidad de investigar “la experiencia histórica como un proceso en movimiento en el que el hombre es agente activo”<sup>4</sup>, y por lo tanto, rechazar los modelos más mecanicistas y vulgares del materialismo histórico o de las diversas corrientes estructuralistas en boga en los años sesenta. La respuesta de Thompson, además, se insertó en un debate clave dentro de la tradición marxista; la cuestión de la “clase”, el problema de la

---

<sup>3</sup> CABRERA (2001): 28

<sup>4</sup> JULIÁ (1989): 46

“conciencia” y el desarrollo de la misma. Aunque gran parte de su obra gravita sobre estas cuestiones, la base de sus investigaciones y de sus primeras propuestas nace de un trabajo considerado como un clásico: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*<sup>5</sup>. El propio título, como se puede observar, hace referencia a la *formación* de la clase y no a la *clase en sí*, dotándole de un rasgo de historicidad fundamentado tanto en la experiencia común como en la propia conciencia colectiva.

Por clase entiendo un fenómeno histórico que unifica una serie de sucesos dispares y aparentemente desconectados en los que se refiere tanto a la materia prima de la experiencia como a la conciencia. Y subrayo que se trata de un fenómeno “histórico”. No veo la clase como una estructura”, ni siquiera como una “categoría”, sino como algo que tiene lugar de hecho (y se puede demostrar que ha ocurrido) en las relaciones humanas<sup>6</sup>.

Esta perspectiva ha gozado y goza, a pesar de algunos matices y revisiones<sup>7</sup>, de un importante seguimiento entre los historiadores especializados en la conflictividad y la protesta social contemporánea, abriendo infinidad de campos en la investigación. Thompson, de este modo, inicia el estudio de las formas de protesta previas a lo que se había definido como el espacio natural del “proletariado”, poniendo un énfasis especial en el contexto donde se desenvuelven las acciones, la experiencia común de las prácticas sociales o el valor de los elementos culturales. Del mismo modo, el autor se enfrentará a las corrientes que antes hemos señalado y que venían defendiendo el carácter irracional, espasmódico o espontáneo de la protesta social, desarrollando otra teoría de largo recorrido como la “economía moral de la multitud”, atendiendo a los criterios culturales –normas y consensos populares de una comunidad- que en caso de ser atropellados, pueden provocar la protesta de sus miembros<sup>8</sup>.

Pero al otro lado del Atlántico, también en torno a la década de los sesenta, un grupo de sociólogos e historiadores -muchos de ellos bajo la rúbrica de la *Social History*- reaccionaban contra la tradición norteamericana del funcionalismo parsoniano y las teorías sobre la “conducta colectiva” propuestas por su heredero más directo, Smelser<sup>9</sup>. Los nuevos autores, partiendo de la tradición weberiana, comenzaron a estudiar las diversas formas de protesta social con el objeto de clarificar –en una perspectiva de largo recorrido- las pautas, comportamiento y evolución de la misma en función de los cambios estructurales y culturales que se han venido produciendo desde

---

<sup>5</sup> THOMPSON (1989)

<sup>6</sup> THOMPSON (2002): 13

<sup>7</sup> STEDMAN JONES (1989), SEWELL (1994), PÉREZ LEDESMA (1997)

<sup>8</sup> THOMPSON (2000)

<sup>9</sup> SMELSER (1989)

el periodo moderno hasta la actualidad. De este modo, un joven investigador llamado Charles Tilly propuso el modelo de la acción colectiva con el objeto de destacar aspectos fundamentales en el origen, evolución y desarrollo de la contienda política: las estructuras de movilización, de oportunidad, los repertorios colectivos y los intereses de los agentes<sup>10</sup>.

Sería recomendable recordar, en este preciso momento, nuestra prudencia a la hora de emplear las herramientas y marcos teóricos que nos ofrecen los estudios sobre la acción colectiva y los movimientos sociales, sobre todo, rememorando las palabras de Thompson, en cuanto al peligro de construir categorías abstractas y ahistóricas que no respondan cuando “bajemos” a los documentos. Si bien es cierto que los autores que han constituido esta corriente forman parte de lo que se ha venido a denominar como sociología histórica, y por lo tanto, frente a otras corrientes sociológicas, reivindican la inserción del tiempo en el análisis teórico de la sociedad, no por ello en ocasiones dejamos de sufrir el vértigo –casi diría natural- de los historiadores frente a modelos de análisis como los propuestos por Moore, Tilly, Anderson o Skocpol, por poner algunos ejemplos, donde de algún modo se sigue el marco sugerido por uno de los autores citados: el de las grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes<sup>11</sup>. Repasando la lista que hemos sugerido podemos observar como varios de los autores citados pertenecen a la disciplina de la historia, y en un momento dado, decidieron dar el paso adelante hacia una mayor comunicación con las herramientas y metodologías de la sociología. Por ello, no cabe duda de las posibilidades que permite este tipo de análisis siempre y cuando se realice con la cautela necesaria.

Nuestra insistencia en este asunto se debe a dos motivos fundamentales. En primer lugar, a la resolución que estos autores han planteado respecto al debate que anteriormente mencionamos en torno al individualismo y holismo metodológico. Tilly, miembro destacado de la corriente, defiende un nuevo modelo que superaría el viejo enfrentamiento y que definió como “estructurismo metodológico” o “aproximación relacional-estructurista”, es decir, “las estructuras socio-económicas no son pautas de sucesos, ni de acciones ni de comportamientos, ni son reducibles a los fenómenos sociales, sino que tienen una forma de <existencia estructural> que es a la vez relativamente autónoma y no separada de la totalidad de los fenómenos que ocurren

---

<sup>10</sup> TILLY (1978)

<sup>11</sup> MOORE (1991), ANDERSON (1989), SKOCPOL (1984), TILLY (1991)

dentro de ella”<sup>12</sup>, lo cual implica la necesaria combinación de los estudios a largo plazo y de la historia comparativa. El resultado de esta propuesta, particularmente en sus últimos trabajos, donde el análisis comparativo entre acontecimientos y fenómenos violentos ampliamente dispersos en el espacio y en el tiempo busca, no crear leyes generales, según declaran los propios autores, pero si de delimitar “mecanismos”, “procesos” y “explicaciones” recurrentes en la violencia colectiva, nos parece en ocasiones excesivo, y sobre todo, desde una perspectiva histórica, más que cuestionable<sup>13</sup>. Este asunto, junto a cierto “exceso” estructuralista en su perspectiva -al menos desde nuestra óptica, más apegada a los presupuestos desarrollados por Thompson-, nos permite mantener una prudente distancia sin que por ello rechacemos muchas de sus aportaciones y herramientas de análisis. En particular, nos interesa destacar todo lo relacionado con los repertorios de acción colectiva. Pero, ¿qué son y en que medida pueden servirnos de instrumento de análisis?

En realidad, cuando los autores se refirieren a los repertorios de acción colectiva no realizan otra cosa que reunir un conjunto de prácticas de protesta que, en función de los estudios realizados desde una perspectiva de largo recorrido, consideran son los únicos empleados en un contexto social determinado. Dichos repertorios, entendidos como una construcción cultural, es decir, como prácticas aprendidas a través de la experiencia colectiva -pero cuya amplitud suele ser limitada-, estarían condicionados por la propia estructura de movilización (formas de organización de los movimientos y sus recursos como las redes formales/informales, grados de jerarquización, etc.), los procesos enmarcadores (referida a las cuestiones relativas a los efectos de la identidad, ideología y cultura de la protesta), a la estructura de oportunidades políticas (relacionado con el contexto sociopolítico, los niveles de represión, los ciclos de protesta, etc.), y por supuesto, el ya señalado de la experiencia colectiva, conexión fundamental con los trabajos de Thompson. Así lo expone Tilly: “Los repertorios son creaciones culturales aprendidas, pero no descienden de la filosofía abstracta ni toman forma como resultado de la propaganda política, sino que surgen de la lucha. Es en la protesta donde la gente aprende”<sup>14</sup>.

Pero, ¿cuáles son las características fundamentales? Si bien en la actualidad la cuestión de los repertorios forma parte de la agenda clásica en el estudio de los

---

<sup>12</sup> ARÓSTEGUI (2003): 171

<sup>13</sup> McADAM, TARROW y TILLY (2005)

<sup>14</sup> TILLY (2002): 31

movimientos sociales, las primeras propuestas partieron de Tilly a finales de la década de los setenta, siendo modificadas y reajustadas en sucesivos trabajos durante los últimos años<sup>15</sup>. Así, hoy por hoy podemos hablar de un *repertorio tradicional*, caracterizados por tener un carácter más *local*, dado que en la mayoría de los casos la protesta se limitaba a un ámbito reducido; *particular*, por su extrema variación en las prácticas de protesta en función del lugar, el agente y el contexto; y *bifurcado*, porque cuando se trataba de resolver problemas locales las acciones eran particularmente directas para alcanzar sus objetivos, y en cambio, cuando se planteaban problemas donde la toma de decisión pertenecía al ámbito nacional, dirigían sus demandas a interlocutores locales –patrones, autoridades, etc.- para que cumpliera con sus obligaciones, elevara las peticiones, o les permitiera actuar. Por otro lado, tendríamos un *repertorio moderno*, con una dimensión más *nacional*, por lo común de los problemas e intereses en distintas localidades; *modular*, debido a la homogeneidad de las prácticas de protesta a la hora de afrontar diversos problemas por agentes diferentes; y *autónomo*, por la dirección directa de las protestas a los centros de poder nacional, sin mediaciones e intermediarios locales<sup>16</sup>. Así es como hablamos, por un lado, de los motines, las fiestas, las ocupaciones de tierras, las apropiaciones de alimentos o los tumultos, y por otro, de las huelgas, los mítines o las manifestaciones.

Por otro parte, uno de los rasgos definitorios del cambio en las herramientas de protesta sería el de la intensidad de la violencia, es decir, los nuevos repertorios tienden a un menor recurso de la violencia frente a otras estrategias de confrontación. “La mayor parte de las formas tradicionales de acción colectiva se centraban en la violencia, o en la amenaza de la violencia, porque era la forma de acción colectiva que más fácilmente podían emprender grupos locales aislados y poco informados”<sup>17</sup>.

Hasta aquí hemos evaluado las cuestiones esenciales planteadas por Tilly, pero sería interesante ampliar su repertorio haciendo referencia a los trabajos del historiador norteamericano James Scott y a lo que él ha denominado como formas cotidianas de resistencia. A partir de una reflexión acerca de lo limitado de los estudios que tan sólo atienden a las formas de rebelión pública y abierta, y bajo la influencia de Thompson, el autor ha iniciado un estudio sobre las distintas formas de resistencia oculta o

---

<sup>15</sup> Una primera formulación, en: TILLY (1972) Versiones modificadas: TILLY (1978); TILLY, TILLY, y TILLY (1997); TILLY (1986)

<sup>16</sup> TILLY (2002): 40-42

<sup>17</sup> TARROW (1997): 185

silenciosa, con un primer trabajo sobre el campesinado de Malasia y el sudeste asiático –aplicando el concepto de “economía moral de la multitud”–, a continuación con una propuesta global sobre el campesinado, y más adelante, extrapolando sus análisis a cualquier grupo subalterno<sup>18</sup>.

Si bien la historiografía se había centrando en los grandes procesos revolucionarios, y en el caso particular del campesinado, en las rebeliones y revueltas agrarias, James Scott señala que este enfoque distorsiona la realidad de la resistencia de los grupos subalternos, dado que en muchos casos este tipo de acciones no sólo eran reprimidas con gran intensidad, sino que también, paradójicamente, podían provocar cambios contrarios a los que se estaban buscando. Es decir, carecen de eficacia. El campesinado y los grupos dominados, en general, son conscientes de este tipo de consecuencias y por lo tanto, desarrollan estrategias de resistencia cotidiana cuyo carácter desorganizado, indirecto, asimétrico, individual, e incluso en muchas ocasiones, oportunista (que irían desde la propagación de rumores, la ignorancia fingida, la falsa sumisión o las calumnias a la caza furtiva, el relajamiento en el trabajo, los incendios, el robo, el estraperlo, la evasión de impuestos o de reclutamiento) permite poner de relieve un cuestionamiento de la autoridad y una forma de protesta a un coste menor que otras formas de confrontación directa. Tilly, que en sus inicios prestó gran atención a este tipo de fenómenos y les dotó de relevancia, en la actualidad se muestra crítico con estas versiones que permiten “expresar su simpatía por los desamparados y perdedores sin arremeter contra esos mismos desamparados y perdedores por su aceptación pasiva de la injusticia”<sup>19</sup>.

En este punto nos mostramos en absoluto desacuerdo, puesto que como han demostrado varios estudios, estos repertorios ni suponían una *aceptación* de la injusticia ni resultaban *pasivos*, sino que respondían en su origen a una experiencia y a una identidad que definía estrategias de resistencia para superar los obstáculos que impedían “la reproducción del grupo doméstico y de la comunidad campesina”<sup>20</sup>. Con el paso del tiempo, y ante el desarrollo de nuevas formas de conflictividad, éstas prácticas se agregan a los nuevos repertorios manteniendo su carácter e incorporando, al mismo tiempo, nuevos significados<sup>21</sup>. En este punto podemos llegar a un nuevo acuerdo con Tilly y la teoría de los repertorios de acción colectiva, teniendo en cuenta

---

<sup>18</sup> SCOTT (1976), SCOTT (1985); SCOTT (2003)

<sup>19</sup> TILLY (2007): 175-176.

<sup>20</sup> GONZÁLEZ DE MOLINA y SEVILLA GUZMÁN (2000): 255

<sup>21</sup> TARROW (1997): 80

la lentitud con que se producen los cambios en las prácticas, buscando siempre la mejor oportunidad y mayor eficacia, contando con largos periodos de transición donde coexisten e incluso son intercambiables<sup>22</sup>. A ello le podemos agregar el interés de Tilly por este tipo de *ataques dispersos* en cuanto a sus dinámicas de coordinación y relevancia<sup>23</sup>. En conclusión, nuestra propuesta se define por la ampliación del concepto de repertorio incorporando las formas de resistencia cotidiana en el marco de la acción colectiva.

El recorrido entre la historiografía marxista británica y la sociología histórica norteamericana respecto a las formas de protesta social y los movimientos sociales que hemos realizado hasta el momento no es inédito en España y cuenta con importantes trabajos. Autores como Cruz y Pérez Ledesma, desde una perspectiva más teórica, o Francisco Sánchez Pérez, Carlos Gil y Víctor Luceo en sus trabajos de campo, han propiciado un nuevo enfoque a la tradicional historiografía sobre el movimiento obrero<sup>24</sup>.

Partiendo de estos modelos, y ante la perspectiva de que el análisis de los repertorios de acción colectiva utilizados durante el periodo republicano nos puede ofrecer claves importantes para comprender el posterior desarrollo y naturaleza de la resistencia armada en la posguerra, a continuación vamos a intentar recoger un amplio abanico de las prácticas de protesta en la provincia de Granada, objeto de atención en nuestras investigaciones.

No es éste el lugar para exponer el desarrollo global de la conflictividad social y la violencia política desarrollados en la provincia entre 1931 y 1936; otros autores han realizado un importante trabajo en este sentido en el ámbito rural<sup>25</sup>. Nuestro propósito tan sólo consiste en intentar mostrar el carácter heterogéneo tanto de la naturaleza como de las prácticas de protesta y conocer, por lo tanto, el amplio marco de la experiencia colectiva.

## **2.- De la fiesta a la huelga: un paseo por las prácticas sociales de protesta**

Granada, el 14 de abril de 1931, era una **fiesta**. Pero la fiesta es una acción colectiva proteica: atiende a distintas formas, estructuras y funciones; cambia dentro de

---

<sup>22</sup> CRUZ (1998)

<sup>23</sup> TILLY (2007): 186-189

<sup>24</sup> CRUZ y PÉREZ LEDESMA (1997), SÁNCHEZ PÉREZ (2005), GIL (2000), LUCEA (2005)

<sup>25</sup> LÓPEZ MARTÍNEZ (1995), LÓPEZ MARTÍNEZ y GIL BRACERO (1997)



su propia eclosión; responde a múltiples estímulos. El proyecto democrático de la II República se vio sometido a constantes tensiones sociales donde las identidades colectivas, que pugnaban por una presencia hegemónica, se vieron sometidas a permanentes redefiniciones y dinámicas de confrontación. En este sentido, las colectividades recurrieron a un comportamiento tradicional como los rituales festivos para reforzar sus identidades, solucionar o plantear conflictos y demandas, construir espacios y tiempos sociales o expresar y reivindicar tradiciones y marcos ideológicos. En los rituales festivos la colectividad socializa el espacio y el tiempo, crea y evoca significados y marca unos límites definidos entre los que celebran y los que se quedan en casa. Así ocurrió el 14 de abril de 1931.

Después de los primeros momentos de incertidumbre, la noticia de la abdicación de Alfonso XII corrió como la pólvora y “la multitud invadió las calles” mostrando su júbilo. “A poco, el chispazo de cohetes en distintos puntos de la ciudad anunciaba con alborozo el triunfo de la República”<sup>26</sup>. Es cierto que los trabajadores tenían un protagonismo especial, pero la fiesta reunía a hombres y mujeres de toda condición. Era el pueblo, soberano, quien tomaba la ciudad. Dos años después, en una fiesta similar, se definía del siguiente modo: “Alegría popular, ¿qué quiere decir esto? Significa algo nuevo: la fiesta no es monopolio caciquil. Es la fiesta del pueblo, de todo el pueblo”<sup>27</sup>. Pero, ¿dónde celebró el pueblo el advenimiento de la 2ª República? Las calles están tomadas, pero los primeros grupos se dirigen al Ayuntamiento, centro del poder local. Allí se izó una bandera roja y se aclamó a los nuevos concejales. Desde el balcón se realizaron los primeros **mítines** a cargo de dos concejales electos que representaban las dos vertientes de la coalición republicano-socialista.

Poco después la multitud se dirige a la estatua de Mariana Pineda, heroína romántica, liberal y republicana granadina del siglo XIX, condenada a garrote vil por participar en la insurrección de 1831 y bordar la bandera con la leyenda “Ley, libertad, Igualdad”. Un grupo subió a la estatua y rodearon su cabeza con la bandera republicana, mientras las mujeres daban gritos de ¡Venganza! y ¡Viva la República!. Los héroes populares como Galán y García Hernández eran aclamados. Entre la multitud se distinguían banderas rojas, republicanas y de los gremios de la capital; sin renunciar a sus diferencias, en aquel momento todos participaban de un proyecto común: la República. Pero el repertorio, dentro de la fiesta, se fue ampliando. La canción más

---

<sup>26</sup> *Defensor de Granada*, 15 de abril de 1931

<sup>27</sup> *Defensor de Granada*, 26 de agosto de 1933

repetida era La Marsellesa y las mujeres –ataviadas con un lazo rojo- cantaban serenatas o cupiés “muy de moda y poco favorables para el régimen”. Los mítines espontáneos levantaban entusiastas vivas y aplausos, mientras que el **carnaval** iba tomando la ciudad: un grupo de gitanos representaban “que llevaban al patíbulo a un supuesto rey”; otro, formado por tres obreros, “llevando el primero un gorro frigio y una cuerda, tras de la que iba atado por el cuello otro representando al rey, que iba tocado de manto negro y corona, y tras ellos un tercero vestido de levita y chistera, dando grandes coletadas, imitando muy bien al conde de Romanones, simulando gran tristeza al ver que su amo lo lleva el pueblo al patíbulo”. Las campanas de las iglesias, calladas en esos días, fueron sustituidas por el replique de unas nuevas campanas seculares del Metropolitano y la Torre de la Vela. Rituales de júbilo tradicional cargados de simbolismo.

En Granada, a diferencia de otras capitales andaluzas como Málaga, Sevilla o Huelva, la jornada festiva transcurrió con normalidad y con escasos incidentes violentos: insultos al paso de las iglesias, algunas cargas de la guardia civil o la retirada de los escudos y letreros de grupos refractarios como Acción granadina o el Círculo de los albiñanistas.

En el resto de la provincia la situación era más confusa. Los mecanismos de control social y la maquinaria caciquil en el ámbito rural granadino continuaron su dinámica tradicional y provocaron –a través de la compra de votos, de la detención y amenazas de electores, la eliminación de candidaturas o la aplicación del artículo 29- un golpe de mano electoral de la derecha monárquica. El nivel de fraude alcanzó tal magnitud, que tras la aprobación por parte del Gobierno provisional del Decreto nº 13 - que permitía la nueva convocatoria de elecciones parciales después del estudio de los expedientes-, 140 municipios –de 201 con los que contaban- acudieron a unas nuevas elecciones para elegir 1400 concejales de los 1982 que tenían designados<sup>28</sup>. Esta situación provocó una lucha abierta por los poderes locales.

Al día siguiente del advenimiento de la República en Motril se celebró una fiesta multitudinaria pero en aquella ocasión no operaba sólo el festejo: un sector del pueblo consideraba que los resultados municipales habían sido alcanzados por medios ilegales. El doble motivo del evento (celebración y protesta) provocó una transformación de la fiesta en **motín**. Se constituyó un Comité Republicano, y ante “una gran muchedumbre”, penetró en el Ayuntamiento, “izando en el balcón la bandera socialista.

---

<sup>28</sup> LÓPEZ MARTÍNEZ y GIL BRACERO (1997): 106-143

Fueron arrojados a la plaza los retratos de Alfonso XII y Alfonso XIII, que prontamente fueron quemados y reducidos a cenizas”<sup>29</sup>.

Durante seis años los procesos de polarización, fragmentación, competencia y convergencia actuaron entre las distintas identidades que entraron en juego en el escenario de la República<sup>30</sup>. Seis años después de la proclamación, de nuevo el bloque republicano-socialista, al que se habían unido los comunistas y otros sectores minoritarios de la izquierda, se encontraba unido en el Frente Popular, pero la correlación de fuerzas, la experiencia y las motivaciones eran distintas.

El domingo 8 de marzo de 1936, el Frente Popular de Granada había convocado un **mitin** y una **manifestación** en la capital para pedir la nulidad de las elecciones de febrero por un nuevo fraude –hay que recordar que tan sólo en Granada y Cuenca se dieron resultados favorables al Bloque de Derechas- y una nueva convocatoria. Ninguna movilización en Granada había conseguido tal capacidad de respuesta: 100.000 personas en la capital llegados de todos los pueblos de la provincia<sup>31</sup>.

Los mítines y las manifestaciones, dos clásicos, junto a la huelga, de los repertorios de acción colectiva moderna, fueron prácticas habituales entre los distintos contendientes durante el periodo republicano. Ambas participan de un denso contenido político, y en muchas ocasiones se encuentran ligadas, pero no siempre comparten las mismas características. Los mítines y las manifestaciones pueden ser convocadas o surgir de forma espontánea, pero en el primero de los casos encontramos una mayor frecuencia de organización y control. Del mismo modo, aunque las posibilidades son amplias, en el mitin suelen participar grupos más reducidos, con una mayor cohesión identitaria y con un marco ideológico previo. En cambio, las manifestaciones tienden a tener una mayor flexibilidad, aunando colectivos más amplios, sin necesidad de compartir una identidad previa común. Es en la demanda, en el hecho mismo de la participación, donde se encuentra el resorte aglutinador.

La convocatoria del día 8 respondía a un proceso de convergencia entre republicanos, socialistas, sindicalistas y comunistas, que desde finales de 1935 habían conseguido consensuar un proyecto mínimo común. Pero, ¿los escenarios y la representación del día 8 de marzo de 1936 tienen elementos comunes con la del 14 de

---

<sup>29</sup> *Ideal*, 16 de abril de 1931

<sup>30</sup> CRUZ (2006)

<sup>31</sup> *Defensor de Granada y Noticiero granadino* entre 10 y 17 de marzo de 1936

abril de 1931? En esta ocasión, como hemos visto, la convocatoria tuvo mayor alcance, pero los espacios cambiaron. La plaza y la estatua de Mariana Pineda, a escala de una ciudad decimonónica, carece de relieve frente a un espacio más apropiado para la representación pública de las masas organizadas en los años treinta: el estadio de los Cármenes.

Una hora antes del comienzo, en el estadio “la animación era extraordinaria, algo que culmina en apoteosis” donde “las banderas de las organizaciones obreras y republicanas de la capital y la provincia, en total 280, aparecían desplegadas alrededor de la muralla del estadio”. La simbología se ha fragmentado: a las banderas republicanas y socialistas del anterior evento, todavía diversificadas por gremios y localidades, se deben unir la de pestañistas y comunistas. Del mismo modo en el mitin intervinieron representantes de todas las organizaciones, aunque los momentos de mayor emoción se vivieron con los discursos de los líderes socialistas y en el recuerdo – elemento de gran cohesión- por los mártires de Octubre<sup>32</sup>. El repertorio de canciones también se había ampliado: frente a la preponderancia inicial de La Marsellesa, ahora se destacan el Himno de Riego y La Internacional<sup>33</sup>.

La manifestación recorrió las calles principales de la ciudad pero en un orden y organización que sorprendió a la prensa local. Con los líderes a la cabeza, el aire marcial de las juventudes socialistas y comunistas uniformadas ponía en evidencia el inminente acuerdo de unificación y la mayor radicalidad de sus propuestas<sup>34</sup>. Le seguían los pioneros, las mujeres antifascistas, y el resto de organizaciones que portaban carteles reclamando “pan y escuelas”, la defensa del Frente Único, la convocatoria de nuevas elecciones o vivas a la revolución. No hubo el menor incidente y a su término, los líderes políticos entregaron un escrito al gobernador civil exigiendo la convocatoria de unas nuevas elecciones.

En el contexto de polarización de la primavera de 1936, la masiva movilización de la izquierda granadina no quedó sin respuesta y dio paso, ante la indecisión de las autoridades, a una escalada de violencia sin precedentes. En la mañana del lunes, un grupo de falangistas irrumpió en la universidad y provocó los primeros altercados. Los hechos se extendieron a otras zonas de la ciudad. Detenidos y puestos en libertad poco después tres falangistas, esa misma tarde se produciría el detonante definitivo: un

---

<sup>32</sup> BUNK (2002)

<sup>33</sup> Un análisis sobre el uso, significado y cambios en las canciones durante la Revolución Rusa: FIGES y KOLONITSKII (2001)

<sup>34</sup> VIÑAS (1978)

mendigo subió al local de la Falange a pedir una limosna y fue echado a puntapiés. La noticia se extendió por la ciudad, y poco después, grupos de obreros se acercaban a la sede con ánimos de asaltarla. Las fuerzas de seguridad se presentaron en el local y procedieron a cachear a los falangistas. Cada vez llegaba más gente: se había extendido el **rumor** de una reunión clandestina con el fin de diseñar un complot, y la guardia de asalto, ante la multitud que asediaba la sede, decidió detenerles con objeto de darles protección. Era tarde. La muchedumbre abrió un pequeño pasillo ante la salida de los guardias y los falangistas, pero no se disolvió. Los guardias se dirigieron hacia la comisaría: la multitud, amenazante, les seguía por las calles. Se podía respirar en el aire lo próximo de un **linchamiento**. Finalmente, la tensión estalló y un grupo rompió la protección agrediendo a uno de los falangistas.

Sobre las 21:00 horas, dos nuevos falangistas salieron a la calle y se acercaron a la Plaza de Mariana donde estaba congregada una multitud. Al grito de *¡viva el fascio!*, varios obreros salieron detrás de ellos, refugiándose los dos en una casa, protegidos por la guardia de asalto y la policía urbana. Mientras éstos intentaban convencer a los falangistas de que lo mejor para protegerles era detenerlos, por otra calle un nuevo grupo comenzó a disparar sobre la multitud. Se escucharon al menos cien disparos. Los guardias comenzaron a disparar al aire mientras que los **disturbios** en la zona duraron unos quince minutos. El resultado fueron trece heridos, dos de ellos menores y dos mujeres, una de ellas embarazada.

Sobre las 22:00 otro falangista saca su pistola y amenaza a un grupo de obreros en Puerta Real, los cuales salen en su captura. El hombre consigue refugiarse en un café y ser protegido por un guardia de asalto. La multitud responde tomando al asalto el café y lanzando platos y botellas contra el falangista, el cual resultó herido hasta que finalmente pudieron sacarle un grupo de guardias de asalto después de realizar varios disparos al aire.

La indignación popular tuvo una respuesta inmediata: a las doce de la noche las organizaciones obreras UGT, CNT, PCE y el Partido Sindicalista convocaron una **huelga general** de 24 horas. La huelga fue un recurso habitual –aunque con índices menores respecto a otras provincias andaluzas- empleado por los trabajadores granadinos durante el periodo republicano. Sin tener en cuenta la capital, entre 1931 y 1936 se produjeron 208 huelgas agrarias<sup>35</sup>.

---

<sup>35</sup> COBO ROMERO (2004): 85

La huelga, en principio, es una herramienta de protesta económica aunque en España existían distintas tradiciones. Por un lado, el sindicalismo ugetista, que tras el fracaso de 1917 se desligó de las huelgas eminentemente políticas, ya sean revolucionarias o de presión. La tradición socialista recurrió a la huelga atendiendo a la esfera económica, como un instrumento pacífico y reformista enmarcado en el conflicto entre productores y patronos, y sujeto a unas condiciones muy estrictas de oportunidad, calidad de la militancia, etc<sup>36</sup>. Ésta larga tradición se puso de manifiesto en el fracaso del movimiento de Octubre de 1934, cuando se le exigió a la militancia participar en una huelga revolucionaria y violenta en la cual no tenía experiencia alguna<sup>37</sup>. Por otro parte, el sindicalismo cenetista, contrario a participar en las instituciones –ya fueran electorales por medio de partidos políticos o de negociación colectiva como los jurados mixtos- era más proclive a la acción directa y a la convocatoria de huelgas insurreccionales, lo que provocó en los años treinta intensos debates sobre la conveniencia o no de separar la esfera económica de la política, provocando la escisión treintista<sup>38</sup>.

En una aplastante mayoría, las huelgas desarrolladas en Granada estaban orientadas a resolver problemas del ámbito laboral, lo cual no quiere decir que no participara de una dimensión política entendida en un sentido amplio. En esta ocasión, por el contrario, la convocatoria de la huelga general, “*¡Al pueblo trabajador!*”, tenía un contenido estrictamente político de presión a las autoridades, las cuales habían actuado con extrema *complacencia*. La demanda, por lo tanto, exigía la disolución de las organizaciones fascistas, el desarme de sus miembros y la destitución de los jefes *reaccionarios* de los cuerpos de seguridad.

Pero la huelga general, es decir, la presión a las autoridades a través de la paralización de la producción, dio paso a un amplio repertorio de ataques dispersos fuera del control de las organizaciones obreras, en contraste con lo ocurrido dos días antes.

El contenido simbólico del fuego como elemento purificador y medio para arrasarse el viejo orden no es novedoso en la historiografía<sup>39</sup>, y durante la jornada de la huelga general los **incendios** y los **asaltos** se convirtieron en la acción colectiva predominante. En la madrugada se iniciaron los primeros asaltos a gasolineras con el fin

---

<sup>36</sup> SÁNCHEZ PÉREZ (2005): 111

<sup>37</sup> SOUTO KUSTRÍN (2004): 287

<sup>38</sup> CASANOVA (1997)

<sup>39</sup> HOBSBAWM y RUDE (1978), LEDESMA (2003), etc.

de obtener el combustible necesario. Los objetivos estaban claros: cualquier elemento simbólico relacionado con la derecha. Los primeros incendios, todavía al repuntar del día, se dirigieron hacia los domicilios particulares de personalidades reconocidas de la derecha aristocrática y burguesa (un duque y un industrial) y hacia los centros de representación católica (un convento y una iglesia)<sup>40</sup>. Durante el resto del día se continuará el abordaje de estos lugares (una iglesia y un convento) impulsados por el **rumor** de que desde distintos campanarios de la ciudad se estaba disparando contra el pueblo. Desde balcones y azoteas *hombres de orden* disparaban contra la multitud.

De los edificios particulares se pasó a los locales propiedad de conocidos derechistas o las cafeterías donde habitualmente se reunían. De este modo, el café Colón y el Royal, “al que la muchedumbre tenía señaladas como centros de reunión de elementos derechistas”, ardieron bajo las llamas. La ira popular también alcanzó a dos sedes de Acción Popular y una de Falange. La multitud, extasiada ante el crepitar mágico del fuego, obstruía los camiones de bomberos y hacía frente a los guardias de asalto que se esforzaban por abrirles camino. Un grupo “que amenazaba por la calle con palos y hierros” tomó el teatro *burgues* Isabel la Católica y también le prendió fuego. En otra calle, un tropel de mujeres *dirigió* el asalto contra el local del periódico Ideal. Todavía debían retumbar en sus cabezas las consignas desplegadas por el diario durante las elecciones de febrero: “¡Votad a España!, ¡El marxismo es: en el Gobierno enchufismo; en la oposición Asturias!, ¡Decir izquierdismo es decir separación de Cataluña y Vasconia!, ¡Marxismo quiere decir negación de Dios y de España!, ¡Si amas a tus hijos, vota al frente contrarrevolucionario!” La guardia de asalto nada pudo hacer frente al cada vez mayor número de mujeres que les rodeaba. Detrás de ellas, hombres con picos y otras herramientas derrumban la entrada. Desde los balcones se lanza maquinaria, papel, mobiliario. Como en otros lugares, se prende una hoguera en la calle, y mas tarde, se pega fuego a las oficinas.

Es significativa la ausencia de barricadas en la jornada y de enfrentamientos directos con las fuerzas del orden. Cuatro meses después, con el golpe de estado, el uso de las barricadas contra el ejército en el barrio del Albaycín fue sistemático. A ¿qué puede deberse esta ausencia? Desde nuestro punto de vista, la respuesta popular en el marco de la huelga general tuvo en extremo comportamientos tradicionales –vemos, pues, la combinación de repertorios-, tanto en sus objetivos (casas particulares, iglesias,

---

<sup>40</sup> Sobre la costumbre tradicional de trasladar las reivindicaciones a los domicilios particulares: EALHAM (2005): 82

etc.) como en sus formas (incendios y asaltos). Con un perfil cercano al motín popular, las fuerzas del orden no se convirtieron en un objetivo de la multitud: se produce un rechazo contra los mandos superiores pero se rehuyen los enfrentamientos directos, y en el mayor de los casos, se le obstruye, a cuerpo descubierto, en el desempeño de sus funciones<sup>41</sup>.

De este modo transcurrió el día, y a las 12 de la noche la UGT y la CNT lanzaron un manifiesto dando por concluida la huelga, reservándose el derecho la CNT de responder a las provocaciones. A la mañana siguiente la ciudad parecía adormilada después de la acometida incendiaria, todavía con algunas columnas de humo dibujadas en el cielo. Tan sólo se dieron algunos incidentes dispersos: disparos en distintas zonas de la ciudad, el incendio de una ermita y una multitud “compuesta por más de un millar de personas que increparon e intentaron **linchar**” a un conocido catedrático derechista. Protegido por los guardias de asalto y llevado a la comisaría, la multitud se dirigió a su casa, la asaltó y provocó un nuevo incendio.

En estos casos de alto índice de violencia ha sido habitual responsabilizar a los anarquistas –dada su cultura de acción directa- de los acontecimientos. En este caso, se acusa a “algunos grupos de la izquierda más radical filocomunista y anarcosindicalista”<sup>42</sup>. Estamos seguros de que estos grupos mencionados participaron, pero negar la participación de los socialistas y otras gentes sin filiación no parece oportuno. Bien es cierto que todos los partidos y sindicatos miembros del Frente Popular condenaron los actos de violencia, pero es evidente que en aquella jornada se produjo un importante desbordamiento de las masas. Pensar que la militancia de las organizaciones obreras en los años treinta se atenía a la disciplina y a las consignas resulta desproporcionado salvo quizás en el caso de un raquíico y todavía insignificante Partido Comunista. Además, hay que tener en cuenta que la militancia de estas organizaciones, en realidad, era muy reciente e inexperta. Pongamos un ejemplo: la FNTT, integrada en la UGT y la de mayor peso en Granada pasó de 6.328 afiliados en 1931 a 48.392 en 1933, antes de su ilegalización<sup>43</sup>. El análisis del incremento de afiliaciones se ha interpretado en exclusiva como un fenómeno ideológico, pero sería interesante incorporar otras variables como la oportunidad. Largo Caballero, al diseñar su legislación laboral planteó mecanismos de control y de arbitrio que reforzaba la

---

<sup>41</sup> Un análisis sobre la evolución de las barricadas: TRAUGOTT (2002): 49-66

<sup>42</sup> LÓPEZ MARTÍNEZ y GIL BRACERO (1997): 433

<sup>43</sup> *ibidem*, pp. 94



posición de los sindicatos, en concreto de la UGT, y fomentaba –al suponer una mayor probabilidad de acceso al trabajo- el incremento de las afiliaciones<sup>44</sup>. Estos detalles, a la hora de analizar los repertorios de acción colectiva, son importantes, dado que la mayoría de los desafiadores durante este periodo o no contaban con experiencia, o era muy limitada en el marco de la protesta organizada.

Pero además, debemos tener en cuenta que la protesta social en su totalidad no estaba canalizada mediante las organizaciones políticas y sindicales, sino que en muchos casos corría por vías no institucionales. En no pocas ocasiones hemos visto acciones al margen de las mismas o como hemos podido comprobar en la huelga general, desbordamientos de los marcos establecidos por las mismas. Veamos otro ejemplo. Tres días después de la huelga la Unión Gremial de alimentación se quejó al Ayuntamiento porque últimamente los comerciantes eran objeto de **insultos, amenazas y asaltos** de algunos que “solicitan socorro de forma violenta”, y “vuelven una y otra vez con exigencias, pidiendo hasta aquello que no les es necesario”<sup>45</sup>. La UGT, de inmediato, sacó una nota diciendo que:

habiendo llegado noticias a esta Ejecutiva local de que comisiones van pidiendo a los establecimientos por orden de la Casa del Pueblo, creemos un deber desmentir rotundamente que en esta Casa del Pueblo, y que por ninguno de sus miembros responsables, se dan tales órdenes”, y en otra: “Se trata, igualmente, de una maniobra del más viejo estilo reaccionario, para desconcertar primero y desprestigiar siempre a las organizaciones obreras”<sup>46</sup>.

Es muy probable que no se tratara de ninguna maniobra, y simplemente algunos grupos de afiliados y/o ficticios afiliados utilizaran la carga simbólica del sindicato para ejecutar lo que consideraba de justicia: el **reparto de alimentos**. El mismo día de la huelga, de madrugada, distintos grupos tomaron las entradas de la ciudad y requisaron todos los alimentos de los camiones para repartirlos –con su correspondiente recibo- a las monjas del hospital provincial, lo cual no deja de ser significativo por el marcado contraste anticlerical de otras acciones. No podemos obviar estos actos de justicia popular donde los actores actúan al margen de las consignas de las organizaciones pero se sirven de su estructura para adquirir una mayor fuerza y legitimación.

La cadena de acciones continuó el viernes siguiente, cuando se extendió la noticia de la muerte de dos de los obreros heridos en los incidentes del martes. Desde

---

<sup>44</sup> JULIÁ (1987), RIESCO (2006): 102. Aunque desde la perspectiva del individualismo metodológico, es de interés el análisis sobre la cuestión del oportunismo en la afiliación en: SEIDMAN (2003)

<sup>45</sup> *Ideal*, 13 de marzo de 1936

<sup>46</sup> *ibidem*

las nueve de la mañana miles de trabajadores acudieron al depósito judicial y las organizaciones obreras declararon un **paro** desde las tres de la tarde hasta las doce de la noche. En esta ocasión vamos a poder observar una nueva imagen, el **ritual funerario** y el duelo, donde los símbolos (banderas, flores, cortejo, etc.) desempeñan un papel fundamental en la representación del “compromiso popular con el sacrificio” y en la construcción de las identidades colectivas<sup>47</sup>.

A las cuatro en punto de la tarde, fueron sacados los féretros (...) organizándose seguidamente el entierro. Abría marcha una sección de la Guardia municipal montada, siguiéndole una presidencia compuesta de mujeres que marchaban bajo la bandera de la CNT y la AIT. Después iban seis coronas de la CNT, UGT, familiares de las víctimas, Sociedad de Tranviarios...<sup>48</sup>

En la comitiva estaban representadas las autoridades de la ciudad: el alcalde, el presidente de la Diputación y los líderes de los partidos y organizaciones republicanas y de la izquierda, pero era el pueblo el que tenía el protagonismo:

una manifestación de unas cuarenta mil personas (...) entre las que sobresalía las mujeres (...) Cuando la cabeza de la comitiva encabezaba la Gran Vía, grupos numerosos de mujeres (...) recibieron la manifestación con los puños en alto (...) Mujeres y hombres, juventudes de ambos sexos, atraviesan las arterias centrales de la urbe llevando a sus muertos, y en las aceras, invasión completa de personas que no lanzan expresión alguna, ante el silencio de la muchedumbre proletaria, pero que reflejan en su semblante el dolor profundo del momento. (...) En el camposanto, millares de mujeres que no pueden evitar una lágrima furtiva, y puños en alto en adiós de despedida, mientras se hunden en la tierra los cuerpos de los caídos. Y el retorno a la ciudad con el mismo religioso silencio, con la misma emoción, pensando en ellos, que dieron sus vidas, y pensando en nosotros. La cabeza baja y el corazón en alto, muy alto, como ofrenda hacia la patria republicana, por lo que se separaron de nosotros para siempre dos hermanos, generosa y bravamente, y por la que nosotros daríamos también gustosos nuestras vidas<sup>49</sup>

Dos son los elementos que más sobresalen en este relato: el papel protagonista de las mujeres y el *religioso silencio*. Las mujeres, cuya inmersión en la cultura obrera fue limitada y reducida a ámbitos concretos y tradicionales, teniendo que generar espacios propios y propiciando cierta redefinición de su identidad<sup>50</sup>, en esta ocasión se muestran representando el duelo y el papel de madre y esposa de los mártires, con el nuevo componente obrero de los puños en alto. Al mismo tiempo, lo que más

---

<sup>47</sup> CRUZ (2006): 293, TAMASON (1980)

<sup>48</sup> *Ideal*, 14 de marzo de 1936

<sup>49</sup> *ibidem*

<sup>50</sup> NASH (1999)

impresiona al redactor es el silencio *religioso* de la multitud, un silencio que es recogido, rumiante, que debió producir un profundo asombro, e incluso, terror, entre las *gentes de orden*. Aquel silencio tenía una carga simbólica explosiva, y era premeditado.

Con el análisis de dos acontecimientos ocurridos en 1931 y 1936 hemos podido recorrer un amplio repertorio de acción colectiva donde se mezclan las fiestas con los mítines, las manifestaciones, la huelga general, los incendios, los rumores, los asaltos, los linchamientos, los insultos, las amenazas, los motines, los disturbios, los repartos de alimentos, los entierros, e incluso, el silencio. Un enorme abanico de prácticas de protesta que transitan de lo tradicional a lo moderno, y viceversa, perfectamente comunicadas. Pero entre la fiesta y la huelga se dieron otras acciones, mutaciones distintas y encadenamientos de lo más diverso. Antes de terminar, quisiéramos mostrar algunos otros ejemplos representativos.

Desde la proclamación de la República, pero cada vez con mayor fortaleza, los rituales católicos adquirieron un mayor contenido político y se convirtieron en una forma de movilización colectiva contraria a todos los proyectos reformistas o revolucionarios, configurando una cada vez más densa identidad católica y contrarrevolucionaria<sup>51</sup>. Mas allá de los múltiples casos conocidos donde el púlpito se convertía en una tribuna, como la convocatoria en Loja el 26 de agosto de 1933 contra la laicidad de los municipios y en defensa del catolicismo<sup>52</sup>, podemos observar como las **procesiones religiosas**, en principio, motivada por la tradición religiosa, adquieren, por un lado, nuevos significados, y al mismo tiempo, pueden terminar en un motín y en un linchamiento colectivo. En el pueblo de Alhedín, donde “en acción de gracias por el feliz resultado de la procesión celebrada ayer para pedir que lloviera”, se celebró una misa y una nueva procesión.

Asistió el pueblo en masa. Al pasar frente a las escuelas se observó que el maestro don Ángel Matarán cerraba los balcones de su clase como si quisiera significar ante los niños un gesto contra el acto religioso. Esto produjo gran indignación en quienes lo observaron, y al finalizar la procesión se comentaba en grupos que fueron creciendo hasta tomar el aspecto de verdadero motín, en el que participaban casi todas las personas presentes en el pueblo. La multitud se dirigió hacia las escuelas, puso en ellas los crucifijos y expulsó de su clase al señor Matarán, que hubo de salir corriendo perseguido por los chicos, algunos de los cuales le arrojaban piedras<sup>53</sup>.

---

<sup>51</sup> CRUZ (2006): 123-132

<sup>52</sup> *Ideal*, 26 de agosto de 1933

<sup>53</sup> *Ideal*, 8 de mayo de 1932

Este hecho nos muestra la fuerza con la que actuaban los marcos de identidad y los símbolos. Un simple gesto –cerrar los balcones del colegio por parte del maestro en el momento que transcurría la procesión-, fue interpretado por los participantes como una afrenta. El maestro en ese momento se convierte en un símbolo antagonista. La procesión, que en si misma se celebra en base a una ideología previa común, al observar esa sencilla -pero cargada de metáforas- acción, adquiere nuevos significados, y por lo tanto, se transforma.

Otra práctica común durante el periodo republicano en Granada – particularmente durante 1932 y 1933- es lo que se ha venido a conocer como los **trabajos a tope**, y que no es otra cosa que los asaltos temporales a fincas con el propósito de trabajar la tierra ante el acuciante paro obrero en la provincia. En el pueblo de Chauchina, gobernado por republicanos y socialistas, “un grupo bastante numeroso de obreros quiso trabajar al tope”<sup>54</sup> en una finca donde su dueño y un jornalero realizaban tareas de escardado. Ante la negativa del dueño, el grupo de obreros se lanzó contra el jornalero y le agredió. El dueño amenazó a los asaltantes con un arma, de tal modo que estos tuvieron que marcharse, pero poco después regresaron armados y obligaron a los dos hombres a huir hasta un cortijo próximo. En otra ocasión, tres jornaleros de Algarinejo fueron denunciados por llevarse de la casa de un propietario siete cuartillas de trigo, en pago a los jornales producidos por su trabajo al tope<sup>55</sup>.

De igual modo, las **peticiones** formales de las sociedades obreras a los ayuntamientos, gobernadores civiles o el Instituto de Reforma Agraria, exigiendo el mejor funcionamiento de las Bolsas de Trabajo, la aplicación de la legislación laboral o de la reforma agraria, se multiplicaron durante el primer bienio republicano y volvieron a tomar un fuerte impulso a partir de febrero de 1936. La gama de peticiones, tanto privada como masiva, aunque con mayor preponderancia de las segundas, nos permite observar de nuevo la transitoriedad de los repertorios<sup>56</sup>.

Los **tumultos** tampoco desaparecieron del escenario social. Igual un grupo invadía un cortijo e intentaba robar las mieses, que “una extraña y pintoresca comitiva, algo parecida a la de los disciplinantes que el inmortal Cervantes nos refiere, entró a saco -en una herrería- en tales artefactos destándalos de manera violenta y

---

<sup>54</sup> *Ideal*, 8 de mayo de 1932

<sup>55</sup> *Defensor de Granada*, 23 de agosto de 1933

<sup>56</sup> TARROW (1997): 82-85

trasportándolos Dios sabe donde”<sup>57</sup>. En Viznar, “el vecindario, tumultuariamente, había cortado el agua de la acequia de Aynadamar”, en protesta porque el desvío a Granada no les permitía contar con el agua suficiente para regar sus tierras<sup>58</sup>. En Pozuelo, un anejo a Albuñol, fueron detenidas 18 personas por realizar un corte en las acometidas de electricidad de las casas particulares y romper bombillas del alumbrado público protestando por el impuesto de la luz aprobado por el Ayuntamiento<sup>59</sup>.

Pero no todas las formas de protesta tienen la visibilidad de las que hemos recogido hasta el momento. Al igual que el silencio de aquel entierro, el **bullo** o el **rumor** resultan, por su carácter inmaterial, más complicados de documentar. Aun así, ya hemos expuesto algún caso donde opera. Su eficacia podía llegar a tener tal grado de magnitud, que incluso el diario *Ideal* lo denuncia en una de sus editoriales titulada *El Imperio del bullo*: “no hay virus más pernicioso, ni tampoco mal colectivo contra el que más falta haga precaverse, que el bullo. Y el bullo anda rodando estos días de boca a oído, de café a casa”, a propósito de un posible complot de la derecha ante el mitin y la manifestación preparada en Granada por el Frente Popular<sup>60</sup>.

Del mismo modo, los **hurto**s y los **robos** formaron parte imprescindible del repertorio de protesta popular<sup>61</sup>. De forma oculta, silenciosa, las clases subalternas no sólo aplicaban mecanismos de supervivencia, sino que socavaban la autoridad con las *armas de los débiles*. La prensa de la época está inundada de noticias donde los vecinos eran detenidos por el hurto de leña, esparto, avellanas, maíz, patatas y almendras, principalmente o las desviaciones de agua para el riego de unas tierras. Pero no debemos pensar que éste era un instrumento utilizado por las personas que carecían de un encuadramiento dentro de una organización política, y por lo tanto, que tenían otros medios y recursos de protesta. El 23 de agosto de 1933, por ejemplo, es detenido el presidente de la Sociedad obrera de Diezma y otro socio por el hurto de patatas en una finca privada<sup>62</sup>. El hurto y el robo, en realidad, a pesar del rechazo de los responsables de las organizaciones obreras, formaba parte de la “economía moral de la multitud” que con anterioridad hemos mencionado. Pero tampoco era un fenómeno exclusivo del ámbito rural. Así lo atestigua la carta de protesta pública realizada por el Comité de Construcción y el Comité de Parados de Granada:

---

<sup>57</sup> *Ideal*, 26 de agosto de 1933

<sup>58</sup> *Ideal y Defensor*, 25 de agosto de 1933

<sup>59</sup> *Noticario granadino*, 12 de marzo de 1936

<sup>60</sup> *Ideal*, 7 de marzo de 1936

<sup>61</sup> CRUZ ARTACHO (2000): 159-178

<sup>62</sup> *Ideal*, 23 de agosto de 1933

Hay que buscar una solución, sea la que sea, pues por encima de todas las conveniencias y leyes están nuestros hijos y nuestros compañeros sufriendo por causa del egoísmo del capital. Nosotros queremos trabajo, y si no lo conseguimos pronto, ante la necesidad de vivir, *tendremos que buscar otros medios, los cuales la sociedad actual los condena y nosotros los veremos naturales*. El trabajo para nosotros significa el pan para los nuestros. (la cursiva es nuestra)<sup>63</sup>

Lo mismo ocurre con los **incendios**. Ya hemos visto la acción en pleno fragor de la huelga general, pero esta práctica tiene una larga tradición. Los montes públicos fueron objeto de incendios anónimos ante la usurpación o venta ilícita de los terrenos comunales, pero también, en forma de represalia ante un propietario, los obreros podrían quemar sus fincas o la producción almacenada<sup>64</sup>.

El anonimato siempre ha sido una variable importante en las protestas tradicionales, y el **carnaval** es un ritual festivo que no sólo permite la subversión del tiempo y de los condicionantes sociales, como observamos en la manifestación de 1931, sino que también posibilita cierta probabilidad de impunidad ante ciertas acciones. Veamos un caso particular. En el municipio de Alquife, aprovechando la festividad, ocurrió un suceso extremo:

a la seis de la tarde, iba por una de las calles un joven de 23 años (...) acompañado de un amigo, cuando les salieron al encuentro tres individuos vestidos de máscaras que insultaron a aquellos por su condición de derechistas. Uno de los disfrazados llegó a pegar a Cabrerizo, y en aquel momento, sonó un disparo que causó la muerte a este muchacho<sup>65</sup>.

A pesar de las máscaras, los tres individuos fueron detenidos. Lo mismo le ocurrió a varios individuos que durante dos días se apostaron ante el domicilio de un comerciante de Iznalloz y le asediaron cantando coplas y serenatas de contenido, quien sabe, mordaz y burlón, sino amenazante<sup>66</sup>. Una práctica de larga tradición en los repertorios de protesta.

Podríamos continuar, pero consideramos que la muestra resulta suficiente. Tal y como hemos venido sosteniendo, durante el periodo republicano la naturaleza y la fisonomía de la protesta es de una complejidad y heterogeneidad propia de unas sociedades en pleno proceso de transformación. Durante aquellos años, la apertura

---

<sup>63</sup> *Defensor de Granada*, 19 de marzo de 1936

<sup>64</sup> *Ideal*, 23 de marzo de 1933

<sup>65</sup> *Ideal*, 3 de marzo de 1936

<sup>66</sup> *Ideal*, 12 de marzo de 1932

democrática, sus obstáculos y restricciones permitieron la ampliación de los repertorios de acción colectiva al mismo tiempo que consolidaron a las organizaciones obreras de larga trayectoria en la historia de España. Esta situación permitió la ampliación del espectro social de los movimientos sociales con la incorporación de nuevos agentes portadores de prácticas tradicionales. Pero la dinámica entre ambos repertorios no fue excluyente sino de vasos comunicantes.

Ésta es la experiencia, junto a la acumulada durante la guerra, de los hombres que a partir de 1939 forman parte de la resistencia armada antifranquista. A ellos, y a la influencia de esta experiencia colectiva, dedicaremos nuestros futuros trabajos.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ANDERSON, Perry (1989): *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI
- ARÓSTEGUI, J. (2001): *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica
- BUNK, Brian D. (2007): *Ghosts of Passion. Martyrdom, Gender, and the Origins of the Spanish Civil War*, Durham and London, Duke University Press.
- CABRERA, Miguel Ángel (2001): *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Cátedra
- CASANOVA, Julián (1997): *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Barcelona, Crítica
- CRUZ ARTACHO, S.: “De campesino a ladrón y delincuente en Andalucía (XIX-XX)”, en: GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.): *La Historia de Andalucía*, Barcelona, Anthropos
- CRUZ, Rafael (1998): “El mitin y el Motín. La acción colectiva y los movimientos sociales en la España del siglo XX”, *Historia Social*, 31
- \_\_\_\_\_, (2006): *En el nombre del pueblo*, Madrid, Siglo XXI
- CRUZ, R. y PÉREZ LEDESMA, M. (eds.): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Universidad
- COBO ROMERO, F. (2004): *Revolución campesinas y contrarrevolución franquista en Andalucía*, Granada, Universidad de Granada
- EALHAM, Chris (2005): *La lucha por Barcelona. Clase, Cultura y Conflicto, 1898-1937*, Madrid, Alianza Ensayo
- FIGES, Orlando y KOLONITSKII, Boris (2001): *Interpretar la Revolución Rusa. El lenguaje y los símbolos de 1917*, Madrid, Biblioteca Nueva
- GIL, Carlos (2000): *Echarse a la calle: amotinados, huelguistas y revolucionarios (La*

*Rioja, 1890- 1936*), Zaragoza, PUZ

GÓMEZ BRAVO, Gutmaro (2003): “La Historia Social Británica: Memoria de una contribución colectiva”, *Historia y Comunicación Social*, 8

GONZÁLEZ DE MOLINA, Manuel y SEVILLA GUZMÁN, Eduardo (2000): “Perspectivas socio-ambientales de la historia del movimiento campesino andaluz”, en: GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (ed.): *La historia de Andalucía a debate. Campesinos y jornaleros*, Barcelona, Anthropos

HOBBSAWM, E. y RUDE, G. (1978): *Revolución industrial y revuelta agraria*, Madrid, Siglo XXI

JULIÁ, S. (1987): “Objetivos políticos de la legislación laboral”, en: GARCÍA DELGADO, J. L. (ed.): *La Segunda República española. El primer bienio*, Madrid, siglo XXI

\_\_\_\_\_, (1989): *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI

KAYE, Harvey J. (1989): *Los historiadores marxistas británicos*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza

LEDESMA, José Luis (2003): *Los días de llamas de la revolución*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico

LÓPEZ MARTÍNEZ, Mario (1995): *Orden público y luchas agrarias en Andalucía. Granada, 1931-1936*, Madrid, Libertarias

LÓPEZ MARTÍNEZ, M. y GIL BRACERO, R. (1997): *Caciques contra socialistas. Poder y conflictos en los ayuntamientos de la República. Granada, 1931-1936*, Granada, Diputación de Granada

LUCEA, Víctor (2005): *Rebeldes y amotinados. Protesta popular y resistencia campesina en Zaragoza (1890-1905)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico y Prensas Universitarias de Zaragoza

MARCO, Jorge (2006): “Guerrilla, bandolerismo social, acción colectiva. Algunas reflexiones metodológicas sobre la resistencia armada antifranquista”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 28

McADAM, Doug, TARROW, Sydney y TILLY, Charles (2005): *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer

MOORE, Barrington (1991): *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Barcelona, Península

NASH, Mary (1999): “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacio de actuación”, en: PANIAGUA, J., PIQUERAS, J. A. y SÁNZ, V. (eds.): *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, Valencia, UNED-Historia Social



- RIESCO, Sergio (2006): *La reforma agraria y los orígenes de la guerra civil (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva
- SÁNCHEZ PÉREZ, F. (2005): *La protesta de un pueblo. Acción colectiva y organización obrera. Madrid, 1901-1923*, Madrid, Fundación Largo Caballero y Cinca
- SEIDMAN, Michael (2003): *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Madrid, Alianza
- SEWELL, WILLIAM H. (1994): “Como se forman las clases: reflexiones críticas en torno a la teoría de E. P. Thompson sobre la formación de la clase obrera”, *Historia social*, 18
- SMELSER, Neil J. (1989): *Teoría del comportamiento colectivo*, México, FCE
- SCOTT, James C (1976): *The moral economy of the peasant. Rebellion and Subsistence in Southeast Asia*, New Haven and London, Yale University Press  
\_\_\_\_\_, (1985): *Weapons of the weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven and London, Yale University Press  
\_\_\_\_\_, (2003): *Los dominados y el arte de la resistencia*, Tafalla, Txalaparta
- SKOCPOL, Theda (1984): *Estados y revoluciones sociales*, México, FCE
- STEDMAN JONES, G. (1989): *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo XXI
- SOUTO KUSTRÍN, S. (2004): *Y ¿Madrid? ¿Qué pasa con Madrid? Movimiento revolucionario y acción colectiva (1933-1936)*, Madrid, Siglo XXI
- TAMASON, Charles A. (1980): “From Mortuary to Cemetery: Funeral Riots and the Funeral Demonstrations in Lille, 1779-1870”, *Social Science History*, 4-1
- TARROW, S. (1997): *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza
- THOMPSON, E. P. (1989): *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica  
\_\_\_\_\_, (2000): *Costumbres en común*, Barcelona, Crítica  
\_\_\_\_\_, (2002): *Thompson. Obra esencial*, Barcelona, Crítica
- TILLY, Charles (1978): *From Mobilization to Revolution*, New York, Random House  
\_\_\_\_\_, (1972): “The modernization of Political Conflict in France”, en: HARVEY, Edward B. (ed.): *Perspectives on Modernization: Essays in Memory of Ian Weinberg*, Toronto, University of Toronto Press  
\_\_\_\_\_, (1986): *The Contentious French*, Cambridge, Massachusetts and London, Harvard University Press  
\_\_\_\_\_, (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios y comparaciones enormes*, Madrid, Alianza  
\_\_\_\_\_, (2002): “Repertorios de acción contestataria en Gran Bretaña: 1758-1834”, en:

- TRAUGOTT, Mark (comp.): *Protesta social*, Barcelona, Hacer, 2002  
\_\_\_\_\_, (2007): *Violencia colectiva*, Barcelona, Hacer, 2007  
TILLY, Charles, TILLY, Luoise y TILLY, Richard (1997): *El siglo rebelde, 1830-1930*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza
- TRAUGOTT, Mark (2002): “Las barricadas como repertorio: continuidades y discontinuidades en la historia de la contestación en Francia”, en: TRAUGOTT, Mark (ed.): *Protesta social*, Barcelona, Hacer
- VIÑAS, Ricard (1978): *La formación de las Juventudes Socialistas Unificadas (1934-1936)*, Madrid, Siglo XXI